



JOSÉ SILES ARTÉS

José Siles Artés, socio del Ateneo de Madrid desde 1957, ha publicado novela, relato corto, poesía, traducción de poesía, artículos y ensayo, más varias obras de carácter didáctico; y también ha sido editor. Fue guía de turismo, intérprete, traductor y profesor de español. Enseñó inglés sucesivamente en centros privados, como catedrático de instituto y como catedrático de escuela universitaria. Es doctor en filología inglesa y ha dado conferencias en diversas instituciones. En este artículo, publicado en 2003, hace una semblanza del Ateneo de Madrid, desde la perspectiva de un joven que vivió la resistencia pasiva de los años 50-60 del siglo XX.

EL ATENEO DE MADRID, UNA PERSPECTIVA

José Siles Artés

Tratando de recapitular mi experiencia de socio del Ateneo de Madrid, después de casi medio siglo, veo destacar su complejidad, su polivalencia. El Ateneo es una biblioteca, un club, una tribuna, un foro y una academia.

Criatura del período romántico, el Ateneo de Madrid, fundado en 1835, fue hasta 1936, una institución puntera, cumpliendo en alto grado con sus apellidos de «científico, artístico y literario». Allí dieron sus primeros pasos casi todas las figuras sobresalientes del país, y allí disertaron y debatieron. Y, por norma, el Ateneo fue una antena extraordinariamente sensible a las ideas que llegaban de fuera.

Además, la preeminencia cultural del Ateneo -y esto era uno de sus rasgos más acusados- trascendía al primer plano político. Son numerosos los socios suyos que han sido ministros. Y ocuparon también la presidencia del Gobierno: el Duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Cánovas del Castillo Segismundo Moret, el Conde de Romanones y Manuel Azaña.

Tenazmente adalid de ideas liberales y progresistas, no gratas a los gobiernos de inspiración reaccionaria, su sede y actividades han sido



clausuradas repetidamente a lo largo de su historia. En el período de la Dictadura de Primo de Rivera la oposición del Ateneo fue tan tenaz que el Gobierno nombró a dedo una Junta de Gobierno, desplazando a la que tenían elegida democráticamente los socios. La imposición duró cuatro años. Medida tan drástica y cuartelera menoscababa la imagen del Gobierno y hasta de la Monarquía, por lo que entonces se pensó en una solución más sibilina, en una “muerte dulce” para el Ateneo, la cual consistía en una fusión con el Círculo de Bellas Artes, cuya asamblea de socios se pronunció en contra, desplomándose por su base tan brillante componenda y salvándose el Ateneo de ser fagocitado por su opulento pariente¹.

En diciembre de 1930, cuando el levantamiento de Jaca, en el cual llegó a participar una brigada de ateneístas para derrocar la Monarquía e instaurar la República, el Gobierno del General Berenguer cerró el Ateneo y encarceló al llamado Comité Revolucionario, compuesto por los prohombres que luego habrían de componer el primer Gobierno de la segunda República. Su ministro de la Guerra fue el Presidente del Ateneo, Manuel Azaña, quien meses después era nombrado Presidente del Consejo de Ministros.

La llegada de la República y el ascenso de su presidente fueron metas gloriosas para el Ateneo, aunque, y esto es importante, no para todo el Ateneo. Cuenta Josefina Carabias que cuando Manuel Azaña, flamante ministro de la Guerra, se presentó un domingo en la casa -con ocasión de un concierto al parecer- fue recibido a los acordes del himno de Riego, y simultáneamente con un abucheo desde la tribuna². El Ateneo es polívoco por naturaleza. Y a veces hispido y descarnado.

El siguiente momento crítico de su existencia, como el de toda persona que se había «significado» del lado de la República, le llegó al Ateneo con la entrada triunfal del ejército sublevado en Madrid. ¿Qué hacer con el Ateneo, semillero de ideas heterodoxas, antipatrióticas, y plataforma de intelectuales irresponsables?

No debieron cavilarlo mucho; le aplicaron un conjunto de medidas que ya habían puesto en práctica repetidamente a lo largo de la contienda. En primer lugar, colocaron a su entrada el yugo y las flechas, el emblema de la Falange, el que clavaron a la entrada de cada pueblo y que se llevaba prendido o bordado sobre la camisa azul.

¹ Las vicisitudes del Ateneo en todo este período están minuciosamente expuestas en el libro de Antonio Ruíz Salvador, *Ateneo, Dictadura y República*, Fernando Torres, Valencia, 1976, pp. 15-107 y 267.

² *Azaña: los que le llamábamos don Manuel*, Plaza y Janés, Barcelona, 1981, pp. 87-89.



Lo santificaron poniendo un reverendo Padre doblemente al frente de la entidad y de la biblioteca. La Iglesia siempre ha puesto gran cuidado en que no se lean determinados libros.

Lo rebautizaron con el nombre de «Aula de Cultura», pensando probablemente que cambiando el nombre cambiaban la cosa. Pero como se ha demostrado en tantas suplantaciones de este tipo, detrás de las nuevas letras siguen grabadas las antiguas con tanto relieve que, cuando menos se espera, resurgen. Es lo que sucedió en marzo del 46, cuando el Ministerio de Educación Nacional, en el que se encuadraba la entidad, le devuelve su verdadero nombre³. Al citado ministerio se le motejaba ya de «monasterio» por su marcada tendencia clerical. Había concluido el dominio «azul» de la casa, y atrás quedaba la Segunda Guerra Mundial. El «régimen» empezaba a cuidar las apariencias. Aunque no su afán doctrinario, pues en la citada Orden se establecía que las actividades de la institución cuidarían de la «formación intelectual y orientación ideológica de los miembros que a ella pertenecen». Era un propósito triunfalista que nunca lograría su objetivo. Fue más fácil incautarse del patrimonio y uso del centro.

En septiembre de 1951, ya en el organigrama del Ministerio de Información y Turismo, se inicia la era Opus que había de durar toda una década. Es entonces (marzo del 57) cuando conozco el Ateneo y me hago socio, siendo presidente Vicente Rodríguez Casado.

Mi afiliación a este centro coincide con un momento de mi vida en que tengo decidido iniciar la carrera de filosofía y letras, aspiración que he ido retrasando por la perentoria necesidad de ganarme la subsistencia. Yo no cuento ni con un hogar en Madrid, ni con el giro mensual indispensable para pagar a la patrona de la pensión. Soy un provinciano pobre que se apeó en la estación de Atocha un buen día con la intención de quedarse-y lo que es más temerario-hacer una carrera universitaria. Ahora, a los veintisiete años, ejerzo un oficio que me va a permitir encarrilar mis planes. Soy guía de turismo, con trabajo todos los días del verano y paro estacional en invierno, durante el que vivo del ahorro y de clases de inglés que doy en alguna academia. Pronto empiezo a sentirme como pez en el agua en el Ateneo -en el Ateneo no oficial. Hasta este momento yo he sido un *outsider*, ahora tengo un marco al que pertenecer, un ambiente intelectual y crítico que me va ganando día a día.

Entre las personas con las que me relaciono en el Ateneo, entre los amigos que voy haciendo, hay otros rezagados, marginados y descolgados, aunque no siempre por las mismas razones que yo. Estoy pensando en quien ha cambiado de estudios por descubrimiento de una vocación tardía; en quien

³ O.M. del 23-3-46, B.O.E. del 28.



sigue arrastrando unas asignaturas que se le han atragantado, en quien se pasa la mitad del día leyendo, pero es incapaz de estudiar. El Ateneo siempre ha abierto sus brazos a este tipo de jóvenes atípicos. Muchos que no encajaron en el rígido corsé del curriculum universitario, hallaron aquí un clima propicio. Más de uno terminaría por emigrar, huyendo de la falta de libertad y oportunidades. En la casa fluye una resistencia pasiva frente a la dictadura imperante. En los rincones de la Cacharrería, en paseos por la Galería de Retratos, en apartes de la cafetería, se hacen interpretaciones «entre líneas» de las noticias de la prensa monocolor. Y, notablemente, se escucha con reverencia a los mayores, a los que conocieron y vivieron como adultos la guerra y la anteguerra.

Repasando el registro de actos culturales de aquella primavera⁴, encuentro ciclos de conferencias tales como *La conciencia histórica del idealismo alemán*, *El alzamiento húngaro y la crisis de la utopía política*, *Las ideas, la política y la economía en la Europa actual* (España excluida), *La belleza como principio del arte* y *Los Estados Unidos vistos geográficamente*, aparte de conferencias sueltas entre las que se pronunciaron *La unidad europea en el pensamiento pontificio*, *La revolución industrial y técnica a la luz de los valores cristianos* y *El baile popular español ilustrado por parejas pertenecientes a Coros y Danzas de la Sección Femenina*. Los títulos hablan por sí mismos: se habla de la actualidad social y política de otros países, pero no de la de España, que tácitamente es considerada materia intocable, perfecta, acabada, eterna y por encima de toda crítica, al tiempo que se da cancha a la mística del nacional catolicismo. Entreveradamente se celebran conciertos y recitales.

El último acto del curso 56-57 es precisamente un concierto que tiene lugar el 15 de junio. La temporada 57-58 no se iniciará hasta el 15 de noviembre, con una serie de coloquios sobre *El conocimiento filosófico y la estructura de la realidad*, dirigidos por el Catedrático Doctor D. Antonio Millán Puelles, con la colaboración del Doctor D. Oswaldo Market. «La asistencia es libre, previa matrícula para los socios del Ateneo. Quienes no pertenezcan a este Centro deberán abonar, como derecho de inscripción, 50 pts.», decía la invitación, donde se señalaba también que los coloquios tendrían lugar en la Cacharrería. Qué lejos quedaban los tiempos en que en dicho salón, versión ateneísta del *Hyde Park Corner* londinense, se hablaba espontáneamente de todo lo divino y humano y sin tener que inscribirse ni quedar fichado. El requisito no podía irritar y poner más en contra a esa masa de socios que he llamado antes la «resistencia pasiva», y que irá creciendo y afianzándose con el curso de los años. Una década después, el novelista Ramón Solís, Secretario General del

⁴ Colección de invitaciones a actos del Ateneo de Madrid, cursos 1956-1957 y 1957-1958. Archivo del Ateneo.



Ateneo, que se congratulaba de que el cine-club, el teatro y las aulas científicas tenían aceptación, confesaba sin embargo que «Las actividades culturales del Ateneo están cada vez más desconectadas de los socios»⁵.

En los años sesenta la sociedad empieza a tensar sus músculos frente a la Dictadura. En los campus universitarios los estudiantes se enfrentan con la policía casi cada día. En el Ateneo va cobrando relieve una nueva generación, consciente de su herencia institucional, que empieza a protagonizar acciones de oposición más o menos solapadas, mientras la casa alberga una intensa y diversa oferta de actos culturales, pero siempre descartando del programa todo discurso que pueda criticar, cuestionar u oponerse a los principios del Movimiento Nacional. Haciendo balance de sus cinco primeros años de presidencia (1962-1971), José M^a de Cossío se enorgullecía de su labor con estas palabras: «... el Ateneo ha tenido y tiene sus puertas abiertas a todos, y puedo testificar que durante los cinco años que llevo a su frente jamás he recibido la menor indicación por parte de nadie sobre los conferenciantes o sobre los temas que habían de desarrollar»⁶. Es una afirmación aparentemente sincera, pero que resulta menoscabada por Carlos Robles Piquer, Director General con Fraga Iribarne en el Ministerio de Información y Turismo: «Al Ateneo se le ha adjudicado siempre un móvil político, diciéndose que en sus estancias se fraguaron varias de las asonadas y pronunciamientos que jalonaron la vida española del siglo XIX. Precisamente para evitarlo hay que proscribir toda actividad política, ya que el Ateneo no tiene por qué realizar ninguna ajena a su propia función»⁷. Esto es tanto como decir que sólo son admisibles las ideas de Robles Piquer, las del régimen. Omitía por su parte Cossío en la declaración aludida arriba, que él no ocupaba la presidencia por sufragio de los socios, y que el Ateneo era una sociedad privada que se hallaba incautada y allanada desde el final de la Guerra Civil. Estos dos últimos extremos eran tabú en medios oficiales hasta que llegó la democracia, y no fue nada rápida ni fluida la plena recuperación de la identidad de la institución. No aparecían las actas registrales, viéndose obligado a inscribirse de nuevo y hacer reconocer su patrimonio. Y hasta 1984 no se aplicó en su integridad su reglamento, devolviendo a los socios facultades tales como poder votar a los componentes de las secciones científicas, literarias y artísticas, tal y como se hizo hasta 1934. Hasta 1984 no emergió totalmente el Ateneo de sus cenizas, revelando poseer una naturaleza tan indomable como vigorosa.

⁵ “Pasado y presente del Ateneo de Madrid”, en *Ateneo de Madrid, Memoria 1962-1967*, edición preparada por Antonio Iglesias Laguna, Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos, Madrid, 1968, p.29.

⁶ *Ibid.*, p.11.

⁷ *Ibid.*, p.202



Sus fundadores lo concibieron para sobrevivir muchas generaciones, con pilares tan sólidos como su biblioteca -una de las primeras del país-, que debería contar con una financiación generosa por parte del Estado e instituciones y mecenas privados. Es lamentable la precariedad de medios con que se sostiene; es indignante que hasta ayer como quien dice no se haya iniciado su informatización. De la biblioteca del Ateneo me he beneficiado y me sigo beneficiando incalculablemente, pero no sólo de sus libros y publicaciones periódicas, sino también de su hospitalidad, cualidad que no suele ser elogiada. Abierta los siete días de la semana, y hasta la una de la madrugada los laborables, ha contribuido decisivamente a mi formación intelectual y profesional, como a la de otros muchos miles de ateneístas. No creo que existiera ni exista todavía en Madrid una biblioteca con tal amplitud de horario, que testimonia que el Ateneo poseía desde su inicio una clara vocación de patrocinio de la inteligencia. Para personas como yo, que teníamos una ocupación laboral, el acceso a estas salas de lectura era un regalo en los oscuros años cincuenta. Tocante a fondos la superaba la Nacional, pero las demás bibliotecas públicas eran sórdidas e infradotadas. Una endémica carencia cultural madrileña era el no disponer de una gran biblioteca municipal céntrica, a la manera de otras capitales europeas.

Cuenta además el Ateneo con otro formidable pilar de sustentación. Por su tribuna han pasado prácticamente todas las grandes figuras de la cultura y la política desde su fundación. Aquí han germinado o han encontrado albergue tendencias e ideas avanzadas que han llegado a transformar la sociedad y el arte en sus distintas manifestaciones. La famosa Galería de Retratos del Ateneo, con su casi tétrico aire de panteón, es ante todo un múltiple documento testamentario. Da fe del incalculable legado cultural heredado por esta casa, que en último término la hace ser respetada hasta por los más filisteos. Lo más extraordinario de este «capital» es que está permanentemente activo y en crecimiento. Cuando el Ateneo le cede a alguna personalidad la tarima de su Salón de Actos, lo está condecorando con su acumulado prestigio y, simultáneamente ese conferenciante, ese artista, está dejando al Ateneo el regalo de su palabra o de su arte.

¿Y cuál es la vida del Ateneo en la actualidad? Su programa mensual nos da una fotografía bastante fiel. Cada día hay uno o más actos en forma de conferencia, mesa redonda, presentación de libros, lectura poética, recital y concierto. Hay exposiciones, se conmemoran aniversarios y se proyectan películas. No todas las actividades las promueven las secciones, y entre ellas puede haber grandes diferencias de dedicación, consistiendo normalmente su quehacer en ofrecer una conferencia por algún experto en la materia de su competencia. Es ahí donde radica una gran diferencia entre el Ateneo



moderno y el de los tiempos gloriosos, cuando el cometido de las secciones, como establece el reglamento, era estudiar y discutir temas propuestos por los propios socios. Esto daba lugar a unos acalorados debates públicos que gozaron de gran prestigio en el panorama cultural del Madrid del siglo XIX y principios del XX. No tendría sentido, no encaja en la sociedad y en la cultura actual el cumplir con la letra del reglamento referente a las secciones. Pero por otro lado, éstas vienen limitándose en general a un papel demasiado pasivo, a ser meros anfitriones. Tendrían que encontrar nuevo vigor y una función más productiva y más en sintonía con la sociedad actual. Manuel Azaña ya deseó para el Ateneo «una vida y una orientación más acorde con los tiempos»⁸. Determinarlo debería ser objeto de un estudio en profundidad, de una mirada introspectiva y objetiva, cuya base podría ser un libro blanco. Y, sabiendo que escandalizo a los «sacerdotes», a los aguerridos custodios de la tradición, me atrevo a manifestar que los estatutos del Ateneo en general, deberían ser objeto de un debate serio, amplio y abierto, a la luz de la etapa histórica que vivimos.

Finalmente, hay algo más en el programa mensual del Ateneo que merece ser comentado: las tertulias. Son quince las que se anuncian en el número de abril del 2003; cada una con un tema diferente, como artes plásticas, religiones y mitología, literatura, tertulia republicana, tertulia liberal, tertulia teatral, tertulias en lengua francesa, etc. Las componen personas interesadas en las respectivas materias, unas muy enteradas y otras menos. No las preside ningún Unamuno, ni ningún Valle-Inclán. Ya no se viene a la Cacharrería a ser iluminado por la luz de los grandes astros, sino a participar y compartir lecturas, experiencias, trabajos e inquietudes, cada uno en la medida de sus fuerzas. No está mal.

José Siles Artés

Publicado en el *Boletín de la Asociación de Profesores de Español*, nº 43, enero-abril 2003.

⁸ V. asiento del 31 de mayo de 1932, *Memorias políticas y de Guerra*, OC, IV, Ediciones Oasis, México, 1968, p.394.